



VINTE NASCER MIUDINO...

España, «nace e corre por Gallizia, et entra en la mar, e deste río lleva nombre aquella provincia Miñica».

No bien nacido, le cobija la sombra de un cenobio, el de Meira. Toda la historia de las tierras que el Miño enlaza están moldeadas por la vida y la liturgia monacal. Como un símbolo, las naves cistercienses bendicen los primeros pasos del río. Su tiempo inicial se mide por las horas canónicas cuando se aleja, lentamente, por el encumbrado valle, cuya forma comparó Otero Pedrayo, el gran geógrafo de Galicia, a la hoja de un castaño que tuviera aquí la punta de su lanza y el pedúnculo en los Peares, allí donde las bodas del río,

...el cual hasta agora llamáramos niño,
mas otros que absorbe le hazen ser hombre.

LUGO, LA CATEDRA



muerte adolescente. El ejemplo del Eo, que allí cerca, tras el Xistral altivo, busca un estuario cantábrico, parece seducirle, hasta que la serena lección de la Terra Chá decide su rumbo, pasado Castro de Rey, y halla en Lugo el aula de romanidad que ningún otro lugar de Galicia podría darle.

Señoreando los más amplios horizontes del Alto Miño, la acrópolis de Lugo lo vigila. La ciudad vive pendiente de él, pero lejos, arriba, dominante, como desde una cátedra. El río, sosegado, se recrea en blandos paisajes; es un Mondego gallego, pero no conforma la ciudad, como el Darro y el Genil; no la amenaza, como el Ulla, ni se humilla, lamiendo sus pies, con la servidumbre del Clamores o del Tajo toledano. No parece caminar. El Miño de Lugo está allí, como aprendiendo una oración no dictada, tras el mudo cierre de esa muralla, que es el cerco de un ostensorio. Su canción se entona sobre las notas que, en un cendal, despliegan los angelotes de los grabados barrocos, bajo el blasón de Galicia. Y dice:

Hic hoc mysterium fidei firmiter profiteamur.

ONDE IRÁ O MEU ROMEIRO



la babel de las lenguas y de los cantos; aquí se le abrieron un día los ojos al mundo, al cristiano. Sobre sí sintió el paso cansino de los penitentes, que caminaban cargados de cadenas por tremendos crímenes, y la gozosa carrera del jinete que iba al encuentro

Fonmián. Altas tierras, ascéticas, de Meira. Entre los pliegos hercinianos, en el arranque de un valle que desciende, una umbría, y en la umbría, la «lagoa» sollozante. Podéis, como los chicos, venir a ver «vivir el agua», nueva, trémula, burbujeante; pero no creáis en una perenne mañana de San Juan, donde pued cogerse «la flor del Miño»; porque aquí desemboc otros arroyos y cualquiera de ellos se creyera también con derechos a ufanarse de ser ya el infante río que, como dice la versión alfonsí del elogio de

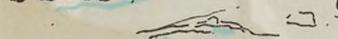
de la dama, y el solemne «conductus» que marcaba el paso de las yeguas prelatias, y el rumoroso tropel de los juglares... Aquí, en estas aguas, se refrescarían los peregrinos. Ondas del río, ¿qué rondel decía Guillermo de Aquitania? ¿Cuál fué la bendición de Francisco al mirlo, «lucido y cordial», antepasado de este que ahora canta? ¿Os vió Van Eick, ondas del Miño? ¿En cuál de sus tablas espejó vuestro espejo?

RIBAS DE MIÑO



oírle. Ni a verle siquiera. Habéis venido a estar, cerca de él, sintiéndolo, en uno de los lugares más alejados y recoletos de la vieja Galicia. No es el paisaje, ni los mil rumores concentrados en la hoz del río, ni el aroma campesino, lo que os regala. Vuestra alma, «senlleira», en el «sagrado» de Ribas de Miño, como la doncella de las «cantigas de amigo», vivirá el doloroso encanto de la soledad. Y el lirismo ingenuo, que no se marchita, florecerá para vosotros, sólo para vosotros.

LAS BODAS DEL MIÑO



exceso campesino, falta de leguas y de caudal:

...el Miño con éste tomó compañía
llamándose Miño, aunque era el menor,
porque apartados, el Sil es mayor;
ansí que es injusta la tal compañía.

decía Molina en sus coplas, en 1549.

El Sil llega aquí desde los altísimos estribos del Pirineo astur, abrumado de memorias remotas. Su voz podría decirnos, en un naciente romance, con finísimo aroma mediolatino, del humus de la prehistoria clactoniense, de las explotaciones mineras, descritas por Plinio; del trabajo de los esclavos, de los campamentos de las legiones, de las villas olvidadas de los suevos, del pacto monacal de San Fructuoso, de las persecuciones y las prosas de San Valerio, de las «razias» islámicas, de las armas cristianas templadas en sus aguas, de las «fabliellas» de la primera España, de los consejos de los Templarios y de las hazañas de los caballeros peregrinos... El Miño, a su lado, puede sentirse mozo y sin ayer, guardando como guarda tanta historia en sus ondas. Las del Sil, que cruzan el Val de Orras, enrojeadas de titánicas luchas contra el antemural montañoso de Galicia, van a adentrarse aquí, por obra de la codicia romana, en el seno de la misma tierra que el Miño encarna. El Monte Furado será uno de los tópicos del dominio del hombre sobre la geografía natural; «casi imposible, dudoso y sutil» parecía a los antiguos viajeros:

...que siendo un gran cerro no poco alongado,
lo pasa este río, por baxo, sin arte,
atravesándolo allá de otra parte,
hecho su arco de peña tajada.



En lo alto, también imposible y dudoso, sutil, el nuevo artificio que arranca su fuerza al río, en las centrales hidroeléctricas, mientras en la orilla, todavía, unas *mujerucas*, «*caureanas*», con nombre de libro de caballerías, pueden cribar arena en busca de oro. Oro romano, arras en los desposorios del Miño. ¡Entrambasmestas!

RIO MIÑO, VAI CALADIÑO...

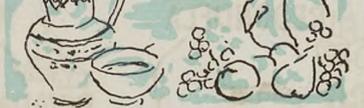
Colmado, seguro de sí, el Miño, que ya, desde que recibió con el Cabe el bautismo de humo, mide sus horas por el paso de los trenes, querrá adentrarse ahora en la vida urbana. Hasta aquí nunca había llegado a sentir la ciudad, a darle forma; la había escuchado, de lejos, en Lugo, pero no había podido mezclarse en sus afanes. El Sil, en cambio, sabía, desde Ponferrada, la humanísima parábola de las orillas, densas de gentes, que tienden puentes, prolongadores de las calles. Aquí, en Orense, surge la ciudad del Miño; ésta es, en realidad, la única urbe que nace sobre él y de él vive; sólo aquí se conjugan río y pueblo en unidad geográfica.

López Cuevillas, arqueólogo de Orense, nos ha recontado, en páginas vivísimas, los orígenes de la ciudad: las terrazas diluviales que dan asiento a los hombres en la ribera; los castros altos, que los defienden; las aguas, calidísimas, que atraen a la población; el valle y las vías cruciales, creadoras del contorno...

Auría retribuye en amor su deuda con el Miño. En un amor desde el cual, aunque parezca extraño, se considera siempre al río como inerte y débil, como pequeñuelo aún. Es quizá una ternura parecida a la que se siente hacia el padre anciano. En otros lugares se canta al río con el acento rudo de la gesta o con la voz quebrada de los madrigales. Aquí se le arrulla, en voz tenue, blandamente; se le briza. El canto de Orense al padre Miño es, de nuevo, un canto de cuna:

Río Miño, vai caladiño...

EL MIÑO BAQUICO



Pero el Miño no se resigna a callarse para que los amores de su ciudad duerman. El Miño inicia el declinar de su vida entre la pompa dionisiaca del Ribeiro, que es nuestra tierra fluvial por antonomasia, y que da nombre al más famoso de los vinos de Galicia.

Y no es que sea aquí donde sus aguas rieguen las primeras cepas. Desde las tierras de Chantada, trabajadas (esculpidas, ha dicho Ramón Otero) en bancales, sabe más de viñedos que de tierras de pan llevar. Pero ahora entra en un país que vive en perenne anacreóntica, vistan las innumerables vides el frío verdor de los primeros brotes, avíense sus colores bajo las lluvias primaverales, se esfumen entre el vaho agobiante de la canícula, que pugna por convertir en burga el río, o enrojeczan y se doren en el hartito otoño, cuando «arde en bulla» vendimial el valle entero:

*E o tempo da colleita,
que cobiza o labrego ribeirán...
I-o alaléa d'Amoeiro
xúntase coas cantigas d'Avión,
namentras esmorece, meiguiceiro,
o cantar d'arrieiro,
da banda de Dacón.*

Ribadavia no lleva el nombre del Miño, sino el de un afluente que recibe en la inserción de las dos «*valgadas*», la que baja de la montaña y tiene en San Clodio su abadengo y en Pazos de Arenteiro su nobleza, y esta que pronto va a buscar nuevas y más dilatadas perspectivas.

Ribadavia es como un Oporto interior, cuyas viejas calles asoportadas «*tienen un fresco aroma a bodega hidalga*» y donde nunca faltan, en largas sobremesas, ni la «*cantiga enxebre*» ni el dulcísimo «*tostado*», hecho de sol y melada «*treixadura*».

Y el río marcha tan alocado, por la ribera del Arnoya, que no sabe ni gozar de la luna, que arroja en su corriente sombras ilustres, ni del viento, que, según los poetas, cuelga su nido en las torres del valle.

MIÑO MINHOTÓ



Y ahora, desde Crecente y San Gregorio, la patriarcal senectud del río. El leve humor con que sortea las pesqueras, canta en los picarescos molinos y se demora en las «*levadas*»; la gracia con que finge marinas playas en los meandros o acaricia la vegetación, que llega a adentrarse en sus cristales...; todo es como una máscara cortesana que encubre la llaga de «*saudade*» que lo corroe; las dos orillas que él, por misterio providencial, separa, también en esto son gemelas. Tras su empaque de diplomático, no poco sorprendido por su nuevo papel delimitador de fronteras, camina, entre pinares dionisianos, altas parras y lujuriosas vegas, regando el paraíso que componen, a lado y lado, el «*berço*» de Portugal y la «*terra Beati Jacobi*», «*España, madre de la España entera*». A una orilla, los castillos, las casas labriegas, los «*casebres*» y las «*choupanas*», arcas del arte en el pueblo más popular de Occidente; a la otra, los «*mosteiros*» y los «*pazos*», que dieron sabios, cantores y linajes a los estados de la Península y acompañaron su expansión de «*alén-mar*».

Expresando el doble juego de los pueblos que el río enhebra, la musa del marqués de Figueroa declaraba sentenciosa:

*Eu, Miñoto, de ribeira
cambeo, sen mudar meu ser...*

Loado por los poetas de ambas riberas, él cambia también su rumbo, sin mudanza, y hace camino a su final cercano.

De nuevo, lejana y altiva como Lugo, una ciudad en su curso, Túy, romana, sueva, encastillada en su catedral-fortaleza.

El «*fuego de San Telmo*», en lo alto. «*Salva, Corpo Santo*»; un grito de marinería como augurio.

QUE ES EL MORIR



No faltan resposiones lusitanas al metaforsismo de Manrique: entre ellas, aquel soneto de Nuno Velho que Eça ponía en boca de la abuela de Jacintho:

Sabei, senhora, que esta Vida é um río...

A la mar de su morir camina el «*flío de prata*» de nuestro Miño. Allí, «*donde la tierra acaba*», le aguarda el tenebroso y desvelado Océano, el de Atlas y Ergoris, y las Casithérides, y las Bretañas novelescas;

el de Camoens, símbolo de estos dos pueblos, sangre gallega y voz para la gesta lusitana.

La tierra de Galicia se levanta en el insigne ópido del Tecla, cargado de prehistoria, para dar su despedida al río. Portugal se tiende en largas playas, donde entienden sus plantas los pinares espesos. Hay un vuelo de alcatraces sobre las «*insuas*» blandas de la orilla y una línea de espumas en la barra. Allí solloza el agua, como en la ya remota Fonmiñán lucense.

Si os paráis a escucharla, os vendrán al recuerdo unos versos muy hondos de Eugenio Montes. Creo que nunca se cantó de tal manera el deseo de humanizar a las criaturas. El poeta se duele de la suerte del río, tan con vida y sin alma, tan sin cielo. Ahora, cuando el mar, «*en éxtasis*», se lo lleve, en su barca de Caronte, con nubes por velas, ahora, en la muerte del Miño, la «*cantiga*» por responso:

*E nin siquiera tí, ría,
has de poder ir o ceo.*

Para ti, solamente, el paisaje, y la fuerza, y la historia. Para nosotros, el riesgo y la ventura del mañana definitivo. No para ti, Miño:

*...que eres vento arrepentido,
que eres terra e non luceiro,
ensono que soña o mundo
pra esquercerse que é penedo.*